

LA REVOLUCION NEOCONSERVADORA

Irving Kristol es uno de los más capaces y conocidos entre los intelectuales derechistas estadounidenses. Y bien puede ser el más influyente, porque, según se dice, sus opiniones tienen bastante peso tras las bambalinas. Se inició siendo trotskista, como él mismo recuerda festivamente en su libro "Looking back, Looking ahead" (cuyo título en español podría ser "Recuerdos y Predicciones"). Luego se convirtió en un anticomunista liberal, contribuyendo a fundar la revista mensual británico-estadounidense "Encounter" ("Encuentro"). En el mencionado libro describe las circunstancias en las cuales (sin el conocimiento de sus editores) la publicación era, de manera muy indirecta, financiada por la CIA. Este asunto fue motivo de una controversia agotada hace mucho tiempo, y ya nadie argumenta con ello contra "Encounter", que continúa apareciendo, si bien en condiciones más precarias.

Kristol enseña actualmente en la Universidad de Nueva York, en la que edita el periódico "The Public Interest", de tendencia conservadora y muy elevada calidad. Además encuentra tiempo para escribir ensayos sobre materias económicas, políticas y filosóficas, habitualmente desde una perspectiva contingente, y son dichos artículos los que ha reunido para el libro "Recuerdos y Predicciones".

La mayoría de ellos data del decenio pasado y comienzos del actual, aun cuando hay algunas reimpressiones de una colección fechada en 1972 y actualmente agotada.

No es fácil caracterizar esta obra, porque Kristol aborda muchos temas. Entre otros, analiza el sentido del humor judío, las relaciones entre el judaísmo, la cristiandad y el socialismo, los fundamentos de la censura contra la pornografía y el descontento de la civilización urbana contemporánea.

El núcleo del libro es, sin embargo, la relación entre la economía y la sociedad, y en este plano es donde Kristol exhibe su mayor audacia. Se lo ha calificado de ser un neoconservador, y él acepta el término. Pero, en mi opinión, se trata de una denominación desafortunada e impropia. Los conservadores, ya sean nuevos o viejos, están

empeñados en mantener importantes aspectos del pasado y del presente, y hay muchos rasgos de ambos que Kristol considera repugnantes. No es un romántico, ni se halla tampoco determinado por vínculos formales con religiones tradicionales ni jerarquías seculares. Por el contrario, como dejan en claro las páginas de su libro, apoya fervorosamente la búsqueda empírica del progreso, y parece creer que la humanidad, a pesar de que nunca alcanzará la perfección, es capaz de una evolución lenta pero infinita. Se muestra, en todo caso, desconfiado ante las teorías de casi cualquier naturaleza. Podría, en resumen, llamárselo un demócrata liberal escéptico.

La tesis básica de Kristol es la siguiente: En la segunda mitad del siglo xviii, período formativo del mundo moderno, hubo dos tipos diferentes de pensadores revolucionarios, que fueron responsables de dos revoluciones distintas. Por una parte, estuvieron los franceses, los enciclopedistas, los hombres de la Ilustración, Voltaire, Diderot, Rousseau, y otros, que precipitaron la Revolución Francesa más todos sus vástagos, violentos y totalitarios, hasta el día de hoy. Estos pensadores vivían en una sociedad rígidamente jerarquizada y compartimentada, en la cual ocupaban lo que Kristol llama un "lugar marginal". Eran verdaderos intelectuales, una casta aparte, diferente, "que se sentía cómoda en los salones parisenses, pero no en un contexto social más amplio". De este modo, llegaron a formular lo que Lionel Trilling llamó "la cultura adversa", concibiendo su vida y su trabajo como una "misión, que debía realizarse contra la enorme resistencia de la tradición, la costumbre, el hábito y las instituciones" de la sociedad. El racionalismo francés, argumenta Kristol, "identificaba la condición de progresista con la de rebelde".

Como observa, el concepto francés de la revolución y el progreso se ha hecho predominante en el siglo xx, cuando menos entre los intelectuales, y ello ha conducido a un fundamentalismo en la búsqueda de los cambios, que ha derivado a su vez hacia la violencia.

La misma corriente ha generado la noción de que el progreso es propiedad exclusiva de una élite ilustrada, la cual tiene la misión de promoverlo y, en caso necesario, imponerlo a la sociedad, aun yendo contra la voluntad de sus miembros. Naturalmente, esto ha sido destructivo para la democracia en cualquiera de sus formas auténticas. Las semillas del totalitarismo moderno se encuentran en la alienación de Rousseau y Voltaire de su contexto social.

Como contraste, Kristol menciona la "otra revolución" del siglo XVIII, homóloga de la francesa, que tuvo sus orígenes en los Estados Unidos y en la ilustración angloescocesa. El autor considera significativo el hecho de que la Declaración de Independencia y "La riqueza de las naciones", de Adam Smith, fueran publicadas el mismo año, 1776. Una introdujo la democracia burguesa en su forma esencial: la otra analizó e ilustró en términos racionales el sistema capitalista, cuya existencia se iniciaba. La política empírica de la primera se identificó perfectamente con la economía empírica de la segunda, y el resultado fue la república estadounidense, ciudadela del capitalismo democrático.

Kristol observa que George Washington no fue un revolucionario "revolucionario"; en gran medida, era parte de la sociedad de su tiempo, cuyos valores respetaba. Igualmente, Smith, Hume, Burke y los otros pensadores de la tradición angloescocesa eran miembros adaptados y acomodados de su sociedad, y nunca consideraron necesario ni conveniente asumir una postura adversa. Tan racionalistas como los franceses, se expresaban, sin embargo, en términos de una "mesurada sociología histórica, antes que en los de un mesianismo político ferviente". Pensaba que ya se había logrado una buena medida de progreso, muchas veces fortuitamente, y que la sociedad necesitaba ser empujada en la dirección correcta, y no destruida en aras de una reformulación total. No creían en las "élites" intelectuales; por el contrario, tanto en la visión orgánica de la política de Burke como en la concepción del capitalismo planteada por Smith, se reconoce a todos la posibilidad de contribuir, si bien a menudo ello se hace en forma no deliberada.

Existen, por supuesto, numerosas objeciones que pueden hacerse a la teoría de Kristol sobre las dos revoluciones. Por ejemplo, ¿por qué los ingleses y los estadounidenses que, como demuestra, tenían tantas cosas en común, estuvieron en guerra durante el decenio crítico de 1770, buscando la revolución norteamericana, al menos en apariencia, la orientación y el apoyo de París? Se observan muchas paradojas en este punto. Por otra parte, ¿a qué se debe que el siglo XX, especialmente la juventud del siglo XX, haya adoptado como ideal a la Revolución Francesa, que terminó en el fracaso, y no a la estadounidense, que ha triunfado decididamente? En particular, se sentiría el

deseo de que Kristol extendiera su ensayo "Adam Smith y el espíritu del capitalismo" y lo transformase en un libro, lo que viene a ser un testimonio de la importancia y alcance de las ideas que se han desarrollado en esta serie de artículos.

P. JOHNSON